

SOBRE CUANDO EL LATÍN ESTUVO A PUNTO DE DESAPARECER: DEFENDIENDO A LOS BÁRBAROS*

JOSÉ JAVIER ISO ECHEGOYEN

Cuando hablamos de la casi desaparición del latín a lo largo del siglo VIII y del largo invierno cultural que se prolonga hasta el siglo XIII, tendemos a pensar –y lo hemos pensado en un pasado muy largo– que en ese periodo ocurrió lo peor que podía haber pasado y que solo tras un lento, muy lento proceso, Europa pudo salir del profundo pozo de la barbarie, hasta poder llegar a las orillas de la luz, a eso que llamamos Renacimiento.

Pero en pocas ocasiones vemos planteado como algo posible que las cosas pudieran ir a peor: que el latín en esa época y en el área occidental del Imperio, a falta de un Estado o Estados que suplieran el Imperio extinto, desapareciera lentamente como lengua de cultura, reducido a numerosas hablas en creciente fragmentación: con todas las diferencias del caso, el etrusco puede ser un ejemplo; y otros –asimismo marcando las distancias– el copto o el siríaco.

Pero en este proceso de decadencia en la cultura de Occidente, que es manifiesta desde comienzos del siglo VI –con focos aislados como ciudades en los reinos Ostrogodo o Lombardo y la excepción de la Hispania Visigótica a la que más abajo aludiré– hay que plantearse por una parte quién fue el causante o catalizador de tal decadencia; y por otra, cuál fue el factor –si es que hubo alguno– que detuvo y, en cierta medida, revirtió el proceso.

Durante muchos siglos se atribuyó dicha decadencia cultural al progresivo declive y finalmente colapso de Estado Romano en su parte occidental. Y, a su vez, el colapso del Estado se ligó en buena medida –aparte de supuestos castigos

* Estas cuartillas responden en buena medida a mi intervención en las Jornadas de Homenaje a la Dra. María Pilar Cuartero. Algunas se han ampliado y otras se han suprimido. En cualquier caso, mantengo ahora lo que en noviembre manifesté: que no soy un especialista en Pervivencia Clásica y que ahora, de nuevo, me dirijo –con aciertos y errores– al amplio público de aquellas Jornadas, interesados por las lenguas y culturas del Occidente.

divinos y decadencia— a los ataques de lo que Toynbee denominó «the external proletariat»¹ y tradicionalmente se ha llamado las invasiones de los bárbaros.

No puedo tratar esta cuestión con una mínima amplitud, pues, en primer lugar, no soy historiador, sino aprendiz de latinista; lo que no obsta a tener una idea aproximada —certera o no— de lo que ocurrió entre el final del IV y fines del VI, tal como aparece en una reciente obra de conjunto. Y aunque se considera que los primeros *foederati* son los godos que el 382 concluyeron un tratado con Teodosio el Grande (un modo honorable de denominar un contrato como mercenarios al tiempo que asentamiento en tierras del Imperio), acuerdos y permisos de este tipo hubo en tiempos de Trajano, Antonino y Marco Aurelio².

Típica al respecto es la actuación de los visigodos desde el 382: forman parte del ejército que Teodosio encabeza para derrotar a los usurpadores de Occidente; ya mandados por Alarico, se dirigen a Constantinopla para saquearla. Desisten de ello a cambio de dinero y siguen saqueando la Tesalia, el Epiro y luego Iliria. Como premio, en el 397 Alarico figura como *magister equitum per Illyricum*; en el 401 invade Italia y entre el 407 y 410 sitia y saquea Roma. Pocos años más tarde los visigodos terminan asentándose durante dos siglos y medio en Hispania. En cuanto a la presencia de «generalísimos» o *warlords* en el Occidente a lo largo del siglo V (Estilicón, Aecio, Ricimero...), hay que recordar que la intervención de los bárbaros en la política imperial es un poco anterior³.

No quiero incidir más en cuestiones históricas, que, no obstante, tan relacionadas están con el terreno cultural. No se puede dudar que la caída del Imperio Romano es de una enorme complejidad y que la economía jugó su papel, aunque no para todos los estudiosos está clara la diferencia tan marcada en estos siglos entre el occidente y el oriente del Imperio⁴; y que no hay que olvidar factores climáticos, como el enfriamiento que al parecer padeció el norte de Europa en estos siglos. Pero, además, existe un factor estructural —como ahora se dice— y es la ausencia de un ejército cívico, basado a su vez en un razonable reparto de tierras; y ello casi desde el comienzo mismo del Principado. Esta ausencia se

¹ A. Toynbee, *A Study of History (Abridgements of volumes I-VI by D.C. Somervell)*, Oxford, 1974, V, XVIII, (4-5).

² Véase Timo Stickler, «The Foederati», en *A companion to the Roman army*, ed. de Paul Erdcamp, Blackwell, 2007, pp. 495-496, en especial.

³ El mismo Stickler (p. 498, *op. cit.*) aduce el *Epitome de Caesaribus*, 41.3, donde Croco, rey de los Alamanes, juega un apreciable papel en la ascensión al trono de Constantino en el 306.

⁴ Véase Paul Erdcamp, «Urbanism», en *The Cambridge Companion to the Roman Economy*, ed. de Walter Scheidel, Cambridge, 2012, pp. 241-262.

suplió con provinciales por lo general carentes de ciudadanía, a quienes, además del *stipendium*, al final se les asignaba un lote de tierras, contribuyendo muy eficazmente a la romanización. Cuando todos fueron ciudadanos y las tierras se iban agotando a la par que crecían los latifundios, pueblos limítrofes al Imperio se incorporaron al ejército en las formas más arriba apuntadas, protegiendo así a un Estado que iba renunciando a defenderse y defendiéndolo de oleadas de pueblos más violentos o rapaces, como los célebres hunos.

Sea cual sea el grado de «barbarización» del Imperio en su parte occidental y de otras cuestiones relativas al grado de control que el poder imperial tuvo sobre esta sección del Imperio, las fuentes –literarias o no– documentan una desaparición *de facto* del Imperio a partir del saqueo de Roma en el 510 y *de iure* a partir del 476 con la deposición por Odoacro del último emperador de Occidente, Rómulo Augústulo, nombre que ya es dudoso de si invita más a la mofa que a la melancolía.

Esto trae a su vez un deterioro primero, y, luego, el colapso de todo el sistema de comunicaciones y relaciones administrativas; sin olvidar, claro está, un descenso brutal en el flujo de mercancías, con el consiguiente deterioro del comercio y de la vida urbana. Y no es de extrañar que una de las primeras consecuencias de la paralización de la vida económica y urbana lo sea también de la cultura, la transmisión de textos y el sistema escolar. Pero antes de examinar brevemente el deterioro de la lengua latina y su literatura, conviene apuntar algunos hechos respecto a la historia de esta lengua.

En primer lugar, recordar que el latín escrito que va de Plauto a san Agustín o a Isidoro de Sevilla, aunque notablemente uniforme en su expresión literaria, mantenía sus diferencias con la lengua coloquial y aun vulgar.

En este sentido ya desde la época de Cicerón tenemos testimonios de la distancia entre la prosa y la lengua culta de la época y un latín cotidiano, de andar por casa, como documenta al respecto la *Retórica a Herenio*.

Estas diferencias –que en un principio tienen que ver con el ámbito de lo familiar (rozando lo vulgar) y la lengua literaria– pasan a afectar aspectos del sistema fonológico y morfosintáctico en la inscripciones pompeyanas de fines del siglo I d. C. Pero en este caso existe la duda de si los *grafitti* de Pompeya en la Campania muestran unos rasgos del latín hablado propiamente dicho, o son efecto del sustrato osco: el osco, en efecto, es una lengua itálica emparentada con el latín y en el ámbito fonológico documenta en inscripciones anteriores rasgos que se extenderán luego al llamado latín vulgar.

Está luego el lenguaje de los libertos enriquecidos, magníficamente reflejado en la Cena de Trimalción, en el *Satiricón* de Petronio; hay dudas sobre si la obra se escribió en la época de Nerón o si corresponde más bien al siglo II. Aparecen

hechos en estas páginas que responden a diferencias de sistema respecto al latín clásico o estándar; en mayor número quizás encontramos otros que afectan a la norma; otros incluso a la tipología, como el orden de palabras. Estamos, en todo caso, en una fase de cambio lingüístico apreciablemente más diferenciado respecto al latín simple y reiterativo denunciado por la *Retórica a Herenio*.

En fin, a finales del siglo IV tenemos la *Peregrinatio Egeriae* o *Etheriae*, un viaje a Tierra Santa escrito por una monja o abadesa, posiblemente gallega; en esa obra se conjuga una simplicidad de la frase latina –que en ocasiones roza la simpleza, pero manteniendo a veces su encanto– con un uso de los casos y de las preposiciones –entre otros hechos de sintaxis– que afectan seriamente al latín clásico y al que se enseñaba en la escuela.

Pero fuera de estos hechos de valoración variable pero indiscutibles respecto a una evolución del latín, cabe plantearse un marco más amplio y sobre el cual formular hipótesis plausibles o, al menos, razonables.

Y ello es que el latín es quizás la única lengua de un estado imperial que se ha mantenido a lo largo de unos ochocientos años –de Plauto a san Agustín y el *Digesto*– como lengua de la administración, de la legislación y de una literatura; textos literarios y jurídicos que en su estructura gramatical y en sus gustos –por no hablar de su trasfondo retórico– se mostraron sorprendentemente similares, por no decir uniformes. Y aunque el griego helenístico cubra un tramo temporal tan extenso o más, el espacio en el que se usaba el latín como lengua de cultura era mucho mayor, pues en ciertos ámbitos se extendía asimismo al Oriente. Añádase que el Occidente –sobre todo la parte alejada del Mediterráneo: Hispania y la Galia– estuvo mucho menos urbanizado que el Oriente y que el territorio helenístico tuvo mucho mayor flujo comercial y dinerario.

En consecuencia, en un territorio tan amplio y en buena medida tan poco urbanizado, los habitantes del Imperio Occidental disfrutaban o dominaban una lengua latina, correcta y hasta literaria, pero en la medida en la que vivían en ciudades o pertenecían a las familias terratenientes. Y, en términos generales, podríamos decir que el nivel de cultura lingüística y hasta literaria dependía de su nivel de escolarización, impartida ya sea por los municipios o por los particulares que pretendían un nivel social aceptable para sus hijos. No sería, pues, disparatado decir que, incluso antes de la debacle del Imperio de Occidente, no pasara de un 15% (un 20 en las zonas más urbanizadas) el número de quienes hablaban un latín medianamente correcto y tenían un cierto contacto con el gramático y con la lengua literaria.

Pero cuando se habla de una acentuada decadencia de la latinidad –escrita y sobre todo oral– entre finales del siglo V y mediados del VIII no quiero indicar

una total desaparición del latín como lengua de cultura o de comunicación cotidiana con un mínimo de nivel gramatical o literario. Este se mantuvo en el entorno de la vieja aristocracia senatorial, en el ámbito eclesiástico y en los incipientes centros monásticos, así como en algunas cortes de reyes bárbaros, donde miembros de la familia real intentaban acercarse a las letras clásicas, como ha señalado en su espléndida obra Pierre Riché⁵. Pero lo importante, a mi juicio, es que la decadencia y finalmente el colapso del sistema urbano de la Antigüedad –y con él de la escuela y la transmisión de textos– era imparable⁶.

Esta situación del latín, prácticamente desaparecido en las áreas rurales –que cada vez eran más– y languideciendo en el resto tanto en su forma hablada como escrita, empezó a recuperarse, como ya se ha indicado y es de todos conocido, con el llamado renacimiento carolingio. Pero antes de señalar brevemente en qué consistió este «renacimiento», conviene recordar que unos setenta u ochenta años antes de los concilios que dan las pautas de estas reformas, el mayordomo de palacio franco y padre de Pipino el Breve, Carlos Martel, derrotó al gobernador andalusí Al-Gafiqi en el 732 o 734, marcando el inicio de la retirada de los musulmanes al sur de los Pirineos. Resulta difícil ponderar la importancia de esta batalla, que, como Gibbon acertadamente señaló, cambió la historia del mundo, aunque quizá exagerando un tanto las consecuencias de un resultado distinto⁷: no siempre los imperios, aun en el apogeo de su historia, pueden prolongar indefinidamente su área de dominio; setecientos años

⁵ *Écoles et enseignement dans le Haut Moyen Age (Fin du V^e siècle-milieu du XI^e siècle)*, 3.^a ed. París, 1999.

⁶ No es cuestión de extenderse en este punto. Ni, sobre todo, de reseñar la importancia de un Boecio, Cassiodoro o Gregorio Magno. O de los esfuerzos culturales de la corte ostrogoda primero y lombarda después. Por no hablar del importantísimo foco cultural en la España visigoda entre fines del siglo VI y fines del VII por obra de Leandro e Isidoro en Sevilla, Eugenio en Toledo y Braulio y Tajón en Zaragoza. Pero, al mismo tiempo, la correspondencia entre Braulio, Tajón y Eugenio documenta la escasez de libros y la lentitud de las comunicaciones de la época. En cualquier caso, para más detalles, véase el capítulo «Les écoles aux temps de la Renaissance carolingie» (pp. 65-79 de la obra de Riché citada en nota anterior).

⁷ En la segunda parte del tomo V de su *History of the decline and fall of the Roman Empire*: dice: «A victorious line of march had been prolonged above a thousand miles from the rock of Gibraltar to the banks of the Loire; the repetition of an equal space would have carried the Saracens to the confines of Poland and the Highlands of Scotland; the Rhine is not more impassable than the Nile or Euphrates, and the Arabian fleet might have sailed without a naval combat into the mouth of the Thames. Perhaps the interpretation of the Koran would now be taught in the schools of Oxford, and her pulpits might demonstrate to a circumcised people the sanctity and truth of the revelation of Mahomet...».

antes amargamente lo había comprobado Augusto en la derrota que su legado Publio Quintilio Varo sufrió el 9 d. C. en el *Saltus Teutoburgensis*. Sea como sea, una victoria del Islam⁸ hubiera hecho muy distinta la historia de Europa, al menos por una larga temporada, y, por supuesto, de su cultura.

Pero volviendo de la distopía –para algunos utopía– a la historia, uno de los problemas –seguramente no el mayor– que afrontó el nuevo Imperio carolingio fue una cuestión relacionada con la actividad pastoral al tiempo que con la cultural y administrativa propia de un Estado emergente, y que ambas afectaban al latín. Como ya hemos indicado, el latín hablado había desaparecido y era imposible su resurrección; y mucho menos, la del Estado que había sustentado la latinidad. Pero ocurría que esa misma desaparición del latín como lengua hablada entre el pueblo suponía un grave problema pastoral: el pueblo no entendía –aun en un latín deturpado– la palabra de Dios. En consecuencia, la solución que el Estado carolingio le dio al problema a través de los cánones de los Concilios de Fráncfurt en el 794 y los de Tours de 813 fue la única que podía aplicarse y –*eo ipso*– la mejor. Con una economía admirable de medios, los concilios establecen, por un lado, la obligación de predicar al pueblo en el medio rural y aun urbano en la lengua vernácula (romance o germánica). El problema de la lengua vernácula escrita –naturalmente inexistente– fue desarrollándose muy poco a poco, pero en cierto modo y de un modo involuntario, tutelada por el latín –poco o mucho– que tenían quienes predicaban en lengua vernácula. Por el otro lado, el Concilio promovió la existencia de escuelas episcopales y aun parroquiales, donde se enseñaban los rudimentos de la gramática y el cálculo, y que con el tiempo dieron nacimiento a las universidades del XIII al XV.

Había otra línea que, sin ser tratada específicamente en normativas parecidas, fue promovida y potenciada tanto por el Estado carolingio como la otra gran institución de la época, la Iglesia: se trataba de continuar una tradición que arranca de la orden benedictina y de los centros monásticos fundados en el siglo IV por san Patricio en Irlanda y luego trasplantado a Inglaterra, como en York; centros donde, entre otras cosas, se copiaba a los clásicos y a los grandes Padres de la Iglesia, así como textos filosóficos.

⁸ Un producto no deseado –parece– de la teología postnicénica y especialmente «calcedónica»; y que tras dos siglos en los que el monofisismo fue la forma más extendida del Cristianismo en un espacio que iba desde Egipto a la Arabia Pétreá y pasando por Siria, dicha forma fue uno de los componentes esenciales de la religión que fundó Mahoma en el primer tercio del siglo VII.

Esta segunda línea, promovida por la Escuela Palatina, apoyada por Alcuino y otros altos prelados, es la que en sus monasterios y grandes *scriptoria* va a permitir la preservación, entre otros textos, de los textos clásicos. Siglos más tarde, unos estudiosos y amantes del mundo antiguo se basarán en el descubrimiento de muchos de los clásicos hasta entonces olvidados en los monasterios y construirán el llamado «Renacimiento».

Está claro, al menos para mí, que en el nacimiento de las lenguas vernáculas, como en la preservación del latín escrito y los textos antiguos (tanto en su vertiente patrística y doctrinal como en la de los autores clásicos), hubo un claro interés tanto del incipiente Imperio Carolingio como de la Iglesia de Occidente o Católica, sin cuyo decidido concurso y poderosa organización este rescate del latín y de la cultura clásica hubieran sido imposibles e impensables. Así pues, un poco más de gratitud respecto a estos actores, unas veces toscos, y otras brutales. Y un poco menos de orgullo en los humanistas que –tras tres o cuatro siglos de comercio y estudio y tan encantados de haberse conocido– tachaban simplemente de bárbaros a quienes lo habían hecho posible.

Antes he apuntado a la aparición de las lenguas vernáculas, recomendadas por el poder y en su vertiente oral. Sabemos que pocas décadas después aparecen en forma escrita y en prosa en el llamado Juramento de Estrasburgo. No es mi intención abordar el tema de la prosa romance en el siglo y medio siguiente, tanto por falta de competencia como de testimonios amplios. Pero sí quiero aludir a las glosas en territorio hispano y en la actual Rioja, de una apreciable extensión, que, como muy acertadamente señala M. C. Díaz⁹, son algo más que una manifestación más del bajo nivel de latín de algunos miembros del clero para quien se escribiría esta aclaración, sino una afirmación decidida de estar expresándose en otra lengua: «[...] no se trata, digámoslo en fin, de simples y tímidos tanteos, sino de la expresión decidida de unas formas que comienzan a ser consideradas algo más que apoyo para que comprendan textos difíciles gentes de mediocre formación».

Pero entre estos comienzos de recuperación de la cultura y en parte del latín –a través de instituciones eclesiásticas, de nivel elemental y superior– y la eclosión renacentista, hay un conjunto de fenómenos que se manifiestan de modo eminente en Italia y que continuarán en otras partes de Europa: el desarrollo urbano y el auge del comercio, al tiempo que el de la escuela. Sabemos por un cronista florentino del XIV, Giovanni Villani, que para una población de 90.000

⁹ *Libros y librerías en La Rioja alto medieval*, Logroño, 1979, p. 43.

habitantes, unos 10.000 niños asistían a la escuela elemental y que recibían enseñanza fundamentalmente en lengua vernácula; que una cuarta parte de estos lo hacían en escuelas de comercio o mercantiles, donde aprendían a manejar los libros de contabilidad de doble entrada y el ábaco; y que, de esta masa escolar, unos 600 alumnos recibían una formación secundaria, a cargo del *grammaticus*, que, aparte de las reglas del lenguaje, les enseñaba rudimentos de figuras retóricas y poéticas y donde el peso de la enseñanza del latín era considerable.

En cualquier caso, la masa de lengua escrita vernácula fue enorme, al menos en la Toscana y el Norte de Italia. El archivo Datini (un poderoso comerciante de la segunda mitad del XIV) contiene unas 150.000 cartas, de las que unas 11.000 son privadas¹⁰.

Ante esta masa de escritura tan ligada a la actividad comercial, económica, contable, no sé si es pertinente hacer un breve *excursus* a los archivos en escritura cuneiforme de los palacios mesopotámicos; esa escritura que primero adaptaron los fenicios a su escritura silábica, luego los griegos a su alfabeto y que terminó fijando e inmortalizando los poemas homéricos¹¹. Pues bien, en esos documentos escritos en ladrillos y similares había muchísimos más documentos relativos a inventarios, operaciones comerciales y datos relativos a propiedades, muchos más que a obras poéticas y literarias, confiadas a la memoria y que a su vez se apoyaban en el ritmo y en los elementos formularios. Ahí el contable, el recaudador de impuestos, el controlador de las propiedades aprendió a escribir –y a leer– mucho antes que la Musa (para evocar el título del libro de Lovelock).

Seguramente en la Europa medieval en los siglos XIII y XIV hubo, cuantitativamente, mucha más prosa utilitaria, funcional, que aquella otra que aparece en la Historia de la Literatura, tal como podemos colegir por el ya citado Archivo Datini, por excepcional que pueda ser este. Aunque, aparte de la exactitud de los datos, esta era una prosa simple.

Porque una prosa madura y compleja –que no complicada– implica un modo de pensar complejo, estructurado, que se plasma en una frase o periodo

¹⁰ Sobre esta producción de prosa «contable» frente a otro tipo de libro, religioso o literario, véase Hagen Keller, «Vom 'Heiligen Buch' zur 'Buchführung': Lebensfunktionen der Schrift im Mittelalter», *Fruhmittelalterliche Studien*, 26 (1992), pp. 1-31.

¹¹ A modo de recuerdo juvenil –seguramente impertinente– diré que durante los primeros años de mi formación universitaria, estaba convencido (nadie hasta entonces me había sacado de mi error) de que la adopción del alfabeto fenicio por parte de los griegos estuvo determinado por razones culturales y literarias, y no mercantiles.

amplio, articulado en unidades más simples, y relacionadas entre ellas mediante nexos, conectores o conjunciones; es lo que habitualmente llamamos subordinación o hipotaxis.

Pero esta frase amplia, aparte de mucha práctica y de mucha lectura por parte del que escribe, requiere a veces, además, una cierta familiaridad con la argumentación lógica o dialéctica. Así lo afirma taxativamente Cicerón en sus obras retóricas. Cuando esa frase de amplio aliento –además de manifestar orden, claridad y lógica– se organiza atendiendo a principios de repetición, paralelismo o contraposición, entre otros, se consigue esa prosa artística, ese periodo amplio, que primero los romanos admiraron en los griegos y luego los humanistas europeos veneraron e intentaron imitar tomando como modelos a los escritores clásicos y en particular a Cicerón.

Esta maduración de la prosa y su transformación en prosa artística se puede comprobar en la historia de la literatura latina. En la época arcaica, frente al espléndido latín de la comedia plautina y de Terencio (en verso) solo tenemos un árido tratado de agricultura de Catón el Censor, y un cúmulo de fragmentos en prosa, prosa de historiadores y de oradores; es, en gran parte, una prosa seca, en la que la brevedad no es virtud, sino imposibilidad de construir nada más amplio; y en particular, en el género historiográfico de los llamados analistas o cronistas. Cincuenta o cien años más tarde, a fines del siglo I antes de Cristo, la prosa oratoria de Cicerón podía compararse sin causar escándalo y de un modo muy decoroso a la de Demóstenes. Y, de igual modo, la historia de Tito Livio a la de Heródoto.

Y no había habido ningún milagro. Simplemente, que buena parte de la élite, así como parte de la clase media –piénsese si no en el caso de un Horacio, hijo de un liberto y educándose en Atenas en las mismas aulas que el hijo de Cicerón–, estaba empapada de cultura griega y lectura de sus clásicos.

Dejando a un lado la poesía, donde hay tantos elementos que rebasan la esfera lingüística, existe al menos un ejemplo que ilustra a la perfección la diferencia entre la prosa historiográfica arcaica y la de Tito Livio: un analista llamado Calpurnio Pisón Frugi (frg. 27) nos cuenta una sabrosa anécdota relacionada con un magistrado plebeyo, Gneo Flavio, enfrentándose a unos soberbios patricios. Ese mismo hecho, protagonizado por los mismos personajes, lo relata Tito Livio en el libro IX, 46 de su *Ab urbe condita*. Pues bien, mientras el analista utiliza cuatro frases con pausa fuerte, Tito Livio las integra en un solo periodo a base de oraciones subordinadas y construcciones de participio.

Así pues, del mismo modo que Cicerón y Livio forjaron su prosa artística leyendo e imitando entre otros a Demóstenes y Heródoto, así también los

humanistas y literatos europeos –y en particular los italianos– imitaron a los clásicos, primero latinos y luego griegos, desde Dante hasta Boccaccio y Pietro Bembo. Y no parece casual que, en estos siglos, los mejores poetas y prosistas de la literatura italiana coincidan en gran parte con los primeros grandes humanistas y conocedores de los clásicos. Así, ni cuando leían a los antiguos dejaban de pensar en su lengua materna, elevándola a literaria, ni cuando componían en vernácula olvidaban a sus modelos. Hasta que ellos mismos, en Italia, y otros parecidos en la antigua Hispania y en la Galia, terminaron por ser clásicos, es decir, escritores de primera, y por tanto dignos de imitación.